



I Domingo Cuaresma

- ✓ **Exposición del Santísimo**
- ✓ **Canto de adoración**
- ✓ **Lectura del Evangelio I Domingo Cuaresma. Ciclo a**

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre. El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes». Pero él le contestó: «Está escrito: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”». Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el alero del templo y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles acerca de ti y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras”». Jesús le dijo: «También está escrito: “No tentarás al Señor, tu Dios”». De nuevo el diablo lo llevó a un monte altísimo y le mostró los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras». Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: “Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto”». Entonces lo dejó el diablo, y he aquí que se acercaron los ángeles y lo servían.

(Mt 4,1-11)

✓ **Puntos de reflexión para la oración personal**

Abres ante mí, Señor Jesús, este tiempo de “perdonanza”, la santa Cuaresma. Te doy gracias de corazón y te pido que no eche en saco roto tu gracia. Durante estos cuarenta días quieres prepararme para vivir contigo la Pascua y para resucitar contigo a una vida nueva, dejando atrás mi antigua vida de pecado y de esclavitud. Quieres prepararme como preparaste al pueblo de Israel en su marcha por el desierto hasta la tierra prometida, como preparabas a los primeros cristianos en el proceso catecumenal hasta el Bautismo, como te preparaste tú para comenzar tu misión pública, cuarenta días en el desierto, como tu Palabra me propone hoy meditar.

El desierto es el lugar del silencio, de la soledad; la lejanía de las circunstancias cotidianas, del rumor y de la superficialidad. En el vacío de sus preocupaciones el hombre se encuentra con su Creador. El desierto es también el lugar de la muerte: no hay agua, elemento fundamental de la vida. Así, este lugar aparece como la oposición extrema de la vida, un abismo peligroso y amenazante. Por ello, también el desierto es el lugar de la tentación, el lugar donde se muestra el poder del diablo. Entrando en el desierto, Jesús se expone y se opone a este poder, continúa el gesto de su Bautismo, el gesto de la Encarnación. Jesús va al desierto para ser tentado, para participar en las tentaciones de su pueblo y del mundo, para llevar nuestra miseria, para vencer al enemigo y para abrirnos así el camino hacia la Tierra Prometida.

Centrándonos en la primera tentación, esta parte de una necesidad fundamental del hombre. El diablo propone a Jesús que use su poder para cambiar las piedras del desierto en pan. Pero la tentación no sólo mira a la necesidad que está pasando Jesús, sino que apunta directamente a su misión. El diablo, con sus palabras, se está refiriendo al milagro mosaico del maná. El Mesías, según la

tradición rabínica, lo debe repetir en una forma definitiva; el Mesías debe dar para siempre el pan a la humanidad, solucionar el problema del hambre. Ciertamente, ésta es una de las plagas más trágicas de la humanidad. De hecho, Jesús nos da el pan; es su don central. Pero de una manera completamente distinta de la propuesta por Satanás. Jesús, el grano de trigo muerto por nosotros, se ha hecho a sí mismo pan. En la Eucaristía, la multiplicación de los panes dura hasta el fin de los tiempos. En Jesús que muere y se entrega se verifica el signo del auténtico maná y así se muestra como el verdadero y definitivo Moisés. Pero, ¿cuál es la verdadera diferencia entre el milagro eucarístico y el milagro insinuado por Satanás? La respuesta que le da el Señor, tomada del libro del Deuteronomio y de su interpretación del maná, esclarece un punto central: el primado de la palabra de Dios para la salvación de los hombres. “No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. Sin respuesta al hambre de la verdad, sin curación de las enfermedades del alma o, en una palabra, sin la verdad y sin Dios, el hombre no se puede salvar. No sólo hay pan y vida terrena. Están también Dios y su palabra. El hombre no sólo es cuerpo, con sus necesidades, sino también alma, con las suyas.

Aquí descubrimos la esencia del engaño del diablo: en cuanto “príncipe de este mundo”, él se interesa sólo por este mundo e intenta limitar a este mundo el horizonte de quien es tentado por él. Dios aparece en su visión del mundo como superfluo, no necesario para la salvación del hombre. La única cosa decisiva es, según él, el pan, la materia. El centro del hombre sería, según él, el estómago. El engaño del diablo es peligroso, porque contiene y absolutiza una parte de la verdad. El hombre vive también de pan, pero no sólo de pan. Esta respuesta del Señor esclarece lo que el diablo le había sugerido: que al hombre sólo le basta con el pan. El hambre en el mundo, ciertamente, es un mal terrible, pero en el supuesto de que final y felizmente se pudiera erradicar, sin embargo, con ello no se hubiera llegado todavía a las raíces de la enfermedad del hombre. Si uno da todas las cosas buenas del mundo al hombre, pero le esconde a Dios, no lo está salvando.

¿No caemos también nosotros tantas veces en pensar que Dios no es tan necesario para el hombre; que el desarrollo técnico y económico es más urgente que el crecimiento espiritual? ¿No hemos pensado nosotros, alguna vez, que las realidades espirituales son menos reales que las materiales? En la multiplicidad de nuestras ocupaciones diarias fácilmente puede ocurrir que Dios se convierta en alguien secundario en nuestra vida. Dios es paciente, silencioso; las otras cosas son, en cambio, urgentes, ruidosas. Es mucho más fácil diferir la escucha de la Palabra de Dios a todas las demás cosas.

- ✓ **Preces vocacionales (jueves sacerdotales)**
- ✓ **Oración comunitaria (todos juntos ante el Santísimo)**

Señor Jesús, que la Santa Cuaresma que acabamos de inaugurar sea un tiempo propicio para devolverle a Dios el puesto que le corresponde en nuestra vida: su primacía sobre todo lo demás. Que seas el centro de nuestra vida y te dejemos ser Dios, para que reconozcamos que todo lo demás tiene un valor secundario. Haz que nos abandonemos en tus manos, te adoremos y entreguemos nuestra vida por entero. Amén

- ✓ **Canto de bendición - Bendición - Letanías de desagravio - Reserva**